

fidias hasta anteayer. Los futuristas dijeron que un automóvil a cincuenta kilómetros de velocidad era más bello que la Victoria de Samotracia. Aparte de que eso habría que discutirlo, la verdad es que ellos puede que pintaran a la velocidad de manera sintética —y, por tanto, disfrazada de alguna manera con ciertos ropajes del arte—, pero, de verdad, no pintaron automóviles. Picasso, el paladín de la puesta al día del arte en nuestro siglo, cuando quiso pintar una escena cualquiera —una escena de amor, por ejemplo— desnudó a sus personajes para dejarlos así vestidos con la ropa de la eternidad clásica y francamente mítica. La corbata y el pantalón, fuera del retrato, no eran pictóricas.

Las cosas están cambiando en ese sentido. A la iconografía pictórica no se han incorpo-

El «hiperrealismo» tiene ahí una de sus motivaciones... Pero estoy divagando, cuando lo que quiero es hablar de la pintura de Jaime Quessada, que, después de todo, no insiste tanto en las características de que vengo hablando.

No: no insiste tanto, pero porque la pintura de Jaime Quessada vive una etapa posterior de eso. Su pintura no está en la etapa apologetica de la incorporación del tecnicismo. Su pintura da, por supuesto, que ese tecnicismo ya está incorporado legalmente y está legalmente aceptado. Pero...

Pero Jaime Quessada es un pintor. Quiero decir que es un hombre que se vale de los viejos resortes del gran manejo pictórico para su expresión... Y más aún, se vale también de los viejos resortes de la antigua temática. Lo de Jaime Quessada es también como una

da recuerda a Chagall no hay que pensar ni en una influencia directa ni en un paralelismo absoluto de situaciones. Las influencias, si es que Quessada las tiene, le tienen que llegar no sólo de una pintura más actual, sino de una serie de realidades más actuales. En cuanto a pensar en un paralelismo de situaciones con el viejo pintor ruso de París... no. No: porque Chagall es un espíritu candoroso e infantil, que se pasa —que se ha pasado— su vida recreando su dorada juventud. Y Quessada no tiene ni ese candor ni esa juvenilidad. Es joven, pero no es un niño. No es inocente. Tampoco se siente complacido con el espectáculo del mundo. Se siente, simplemente, testigo, cuando no es que directamente se siente crítico.

En cuanto a su lección pictórica, no puede ser más sencilla. Ni siquiera tiene necesidad del grueso de color para hacer una pintura rica en cromatismo. Su diseño es seguro, sin exhibiciones prepotentes. Con todo ello, expresa muy bien una perfecta conjunción de lirismo y tecnicismo. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.



rado solamente la corbata y el automóvil: se ha incorporado hasta la cápsula espacial. El lector puede argüir a todo eso: ¿Y qué? ¿Qué hay de nuevo en la ampliación temática?

Hay de nuevo muchas cosas. Pero fundamentalmente hay de nuevo una apertura de la sensibilidad general —llamémosla así— hasta zonas antes impenetradas. La realidad más o menos técnica está impregnada también al arte... y es justo, puesto que es una realidad.

apología del amor... Del amor clásico y vivo de la pareja humana. En algunas ocasiones —y esto es lo más sugestivo en él—, las parejas enlazadas es como si se elevaran por encima de su propia circunstancia, sobrevolando un panorama de industrias a flor de tierra y de alas mecánicas. En esas ocasiones puede llegar, incluso, a recordar a Chagall, al Chagall más lírico de su encendido amor con la joven Bella. Pero cuando Quessa-



TEATRO

Más allá del espíritu fallero

En la noche del 19 de diciembre finalizaba el I Concurso de Teatro en valenciano, con un cóctel cultural de «farsa, canço i poesia». Desde el 25 de noviembre, comisiones falleras de los barrios de la capital y de otras ciudades de la provincia habían es-

tado representando obras de teatro valenciano y obras de teatro universal, pero en valenciano, en el salón de actos del Ateneo Mercantil. Los autores representados habían sido muy variados: Escalante, Molière, Bernat i Baldoví, Peris Celda, Karinthy, Palanca i Roca, Chejov, Valor, Plaut, Millás, Barxino, Goldoni, etc. La noche del 19 iba a dar a conocer al público que llenaba completamente el teatro Principal los premios del concurso. Pero no solamente eran los premios el elemento que despertaba tal poder de convocatoria, sino, sobre todo, el homenaje a un poeta y periodista, Vicente Estellés, representante destacado, y equiparado con Joan Fuster, en el campo de la lengua y cultura valenciana. De hecho era un homenaje a la cultura, personificada en un poeta.

Toda fiesta popular tradicional se apoya en organizaciones de barrio de la gran ciudad. Co-fradías, comisiones, comparsas, todo responde a lo mismo: fragmentación y organización de una fiesta para que ésta sea popular y en ella pueda participar el mayor número de ciudadanos. Las comisiones falleras tienen como principal objetivo hacer de Valencia, en San José, una ciudad completamente invadida por la música, la traca, las fallas y los pasacalles. Dicen que el espíritu valenciano es festivo, de los que queman y se olvidan. ¿Por qué no darle, por una vez al menos, otros objetivos a las comisiones falleras para que, junto al espíritu festivo, exista la preocupación cultural?

El homenaje, el acto cultural, tuvo dos partes. En la primera se presentó «La infanta Tellina y el rei Matarot», farsa valenciana del siglo XVII, del P. Francesc Mulet. Constantí Llobart decía de este escritor que su «obsesión» era mayor que la del Arcipreste de Hita, Boccaccio o Juan de Me-

na, pero que ello no era motivo para olvidar estas obras valencianas. Esa noche del 19, el público dejó, como el padre de la infanta Tellina, que ésta se acostase con el Rey Matarot, rodeados de pasión, humanidad y fuerza, sin prejuicios morales, llamando al pan pan y al vino vino. Sobraba Bécquer y Dante. El amor es vida, y en la vida no se puede ocultar nada, porque todo es luz que deslumbra y que lo misterioso lo convierte en conocido. Desnudez cultural, moral, intelectual es lo que se pedía esa noche, al menos de las formas no naturales ni propias.

La segunda parte del acto estuvo integrada por dos actuaciones musicales, una hablada y otra recitada. El grupo de «folk» Els Pavessos y Ovidi Montllor, cada uno por separado, cantaron poemas de Vicente Andrés Estellés, los primeros dentro de una línea popular, de rondalla, con sus intentos coreográficos; el segundo, acompañado por guitarra, contrabajo y piano, con un nivel envidiable, a pesar de la humildad innata de Ovidi, que hace pensar en la posibilidad de un disco de poemas. Quien habló y quien presentó al poeta fue Sanchis Guarnier. Puso los límites al acto, dio las coordenadas del momento actual de la cultura valenciana: «La lengua no hace un pueblo», sino que es el pueblo —pensó el público— quien construye una lengua con su voluntad. Puede existir un pueblo definido y no tener una lengua definida. «La literatura es la lengua de un pueblo convertida en arte... y tenemos que mantener a nuestros literatos si es que queremos que subsista y crezca nuestra cultura». Antes, todo el que escribiese en valenciano, por este solo hecho, ya era estimado y destacado en el panorama cultural local. Ahora ya no es sólo el hecho de la lengua, es, sobre todo, la profundidad y calidad literaria de los escritores y poe-

tas actuales, que les convierten en piezas claves de un panorama cultural más general. Por una parte, quería Sanchis Guarnier interpretar conciencias; por otra, despertar del letargo festivo fallero los espíritus adormilados, para que se proyecten en el mantenimiento y desarrollo de su propia cultura, que ya ha escrito una historia y le queda otra por escribir. Más allá de la lengua y del espíritu festivo tiene que haber una cultura expresión de un pueblo. Por último, el escritor Vicente Andrés Estellés, poeta y redactor jefe del diario «Las Provincias» desde 1949, recitó sus poemas. Mulet, Ovidi y Estellés crearon la unidad temática de la velada cultural: vida y muerte, sexo y poesía, pasión y sangre, tragedia y vida, vida. Tres testimonios de una misma cultura, distantes en el tiempo, pero coincidentes en sus motivaciones. Junta Central Fallera, Dotación de Arte Castellblanch, Diputación Provincial, Ateneo Mercantil, Sociedad Coral «El Micalet», Lo Rat Penat, falla Corretgeria, etc., etc., todos han colaborado en la euforia invernal de este mes de diciembre, en que el tiempo no permite quemar fallas, sino que sólo deja hacerlas para conservarlas y dar continuidad a una tradición cultural. Más allá de un espíritu festivo fallero practicado en marzo, existe un esfuerzo cultural que se comienza a practicar en cualquier época del año. ■ JAIME M. MILLAS COVAS.

«El Fernando», un espectáculo colectivo

Después de un paréntesis, generalmente determinado por las dificultades de nuestros teatros independientes y la ausencia de espectáculos interesantes, algunas ciudades españolas parece que intentan rea-